

Función en el colegio

Función en el colegio
Orio Vergani

Traducción de Ángel M. Bécquer
Prólogo de Francisco Rico

Miradas 

Título de la edición original: *Recita in collegio*

Primera edición en Libros del Silencio: enero del 2010

© Herederos de Orio Vergani, 1942 [Publicado por acuerdo con Marco Vigevani Agenzia Letteraria]

© de la traducción, Ángel M. Bécquer, al que la editorial reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir las retribuciones que pudieran corresponderle.

© del prólogo, Francisco Rico, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño cubierta: Nora Grosse, Enric Jardí

ISBN: 978-84-937559-2-8

Depósito legal: B.1.141-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A ti, pequeño Leonardo,
para que cuando leas de mayor este libro
te parezca que eres el compañero de pupitre
de tu papá*

Prólogo

Mario no consigue recordar la cara de Emilia. Lleva en la memoria punto por punto «su figura de adolescente, sus finas piernas enfundadas en las mallas color de rosa, sus trenzas rubias y su túnica corta», tal como la ha visto, vestida de general romano, en la función de las Ursulinas. Pero el lugar de la cara lo llena un espacio opaco, «como el que hay debajo de las pelucas expuestas en los escaparates de las peluquerías».

Desde el primer momento una voz secreta le repite: «No la verás más». Queda una esperanza, sin embargo. De todas las intérpretes se ha hecho una fotografía al magnesio, y en la población no hay más que dos fotógrafos, Furrà y Schiassi. «Mario piensa que será fácil obtener una copia. Furrà tiene una hija que hace el segundo en el Gimnasio; cuando sale de clase trabaja en el laboratorio con su padre. Schiassi tiene un hijo que es socio de la sección escolar de la Sociedad Gimnástica, un muchacho que promete mucho en el salto de altura; tanto, que una vez fue a Roma en representación de la Sociedad. De una o de otro será fácil obtener la instantánea.»

PRÓLOGO

Pero no. Las monjas son desconfiadas y quieren asegurarse de que nadie conseguirá lo que Mario pretende, una copia no autorizada. Conque la fotografía la ha hecho el médico del colegio, el doctor Nardi, a costa de disparar tantos fogonazos que la sala entera se llena de humo: «Yo —cuenta el hermano de Emilia, Giorgio— estuve tosiendo toda la noche».

La corazonada de que no verá más a la muchacha va a cumplirse con sólo una exigua y relativa excepción. Mario se queda a cenar en casa de Giorgio; el padre, el ingeniero Ercolani, le enseña el ritual álbum de familia. Entre las fotos del ingeniero en Egipto, la tía de Vallerano y el primo de Milán, Mario hace «el hallazgo maravilloso del rostro de Emilia; aquel rostro cuyos contornos se habían esfumado y que en sus sueños no era sino una cavidad de sombras bajo la corona inquieta de los rizos». Esta fotografía sí es de Furrà: también inaccesible (por el momento: ya se verá cómo hacerse con ella), pero también del «Prestigioso Estudio Furrà», al que Mario había pensado recurrir. Es una composición vulgar, «con un fondo de nubes pintadas que surgen como una extraña niebla del pavimento cubierto por una alfombra persa». Pero Mario se siente como si estuviera a solas con Emilia. «Existe un secreto entre los dos, entre este muchacho con un álbum sobre las rodillas y esta fotografía de chiquilla. Únicamente ellos se comprenden, viven una vida aislada de las voces que los circundan, aislada de los hombres y de las cosas.»

No sé si el extracto que me sirve de ejemplo da una idea suficiente del único punto que quiero realzar aquí: que *Función en el colegio* es

PRÓLOGO

un relato de una sentimentalidad, o un sentimentalismo, formidable, pero fraguado siempre con pequeños detalles concretos que van enlazándose entre sí y a través de las referencias del protagonista a las circunstancias de su cotidianidad. Romanticismo y realismo son anverso y reverso de una misma moneda.

La cara que no se recuerda, el presentimiento de que Mario jamás verá de nuevo a Emilia, el instante en que él se queda absorto frente al álbum y sueña estar con ella (dan ganas de escribir «con Ella») fuera del espacio y del tiempo son de alta temperatura romántica. Pero las vivencias del protagonista no se dan en el ámbito deshabitado de una intimidad, sino acotadas por elementos externos que a su vez van anudando los hilos de todo un pequeño mundo, por supuesto antiguo. La imagen de la amada sin rostro, como en los escaparates de las peluquerías locales, se liga a los humos del magnesio en las Ursulinas, a los fotógrafos Furrà y Schiassi y al Gimnasio y las aficiones deportivas de sus hijos, a la foto que Furrà no hizo en el colegio y que sí ha hecho para el álbum de los Ercolani... En el amor de Mario late materialmente toda una ciudad.

En vano buscaremos a Orio (*cioè*, Vittorio) Vergani en las historias de la literatura italiana. Vergani (Milán, 1898-1960) fue uno de los mayores periodistas de su época, sobre todo entre guerras, y desde luego uno de los más versátiles. Corrió Europa y África, asistió a la tertulia de Gómez de la Serna en el Café de Pombo, se hizo extraordinariamente famoso como cronista del Tour y del Giro, mantuvo una larga amistad con Ciano, en 1936 fue detenido y condenado a

muerte en Barcelona, conoció a todas las figuras y figurones de Italia y trató de cerca a varios grandes escritores (incluidos Pirandello y Montale) y a multitud de los menores, sin acabar de discernir entre el trigo y la paja. Hoy lo encontramos en los anales de la Milán contemporánea, del editor Garzanti, del Premio Bagutta o de la Accademia Italiana della Cucina; en los rótulos de algunas calles y de algún centro escolar, pero, por más que cultivó pródigamente el teatro y la novela y logró algún acierto tan firme como *Función en el colegio*, no ha entrado, digo, en las historias de la literatura.

Es un destino particularmente comprensible en la tradición italiana, que ha favorecido con tenacidad la literatura «alta» (así, en ese orden y entre comillas), excluyendo del canon cuanto sonara a popular o folclórico y profesando un inveterado desdén por la novela: hasta el extremo de que un monumento como *I Viceré* (1894) de Federico De Roberto ha estado un siglo entero en el olvido y todavía no ha llegado a sacar cabeza en los programas de enseñanza.

Es, también, un destino compartido, justa o injustamente, por la mayoría de los periodistas y del que en la España de los últimos años se han salvado, justamente, un Josep Pla o un Manuel Chaves Nogales, mientras se espera la sentencia del tiempo (que yo quisiera propicia) para Francisco Umbral. Con los periodistas que han tenido asimismo mayor o menor dedicación como creadores ocurre especialmente que al desaparecer en aquella condición quedan olvidados en ésta: el aura de actualidad que los acompañaba se convierte en apariencia de desfase para su labor no periodística, como si su literatura estuviera (y a menudo lo está) tan fuera de lugar, tan pasada como las noticias que manejaban.

PRÓLOGO

Vergani no sólo tenía una increíble facilidad de pluma y podía preparar una detrás de otra cinco versiones distintas de un suceso, todas excelentes, para cinco medios distintos, sino que era un grafómano sin remedio. Después de una jornada en el *Corriere della Sera*, iba a un estreno, regresaba a Via Solferino para redactar la crítica y, al fin en casa, se sentaba a escribir páginas y páginas de su diario. El que se conserva de entre 1950 y 1959, *Misure del tempo*, está lleno de cosas interesantes, con la peculiaridad de que poquísimas veces tienen que ver con el tipo de confesión que se juzga propio de un diario. Vergani cuenta sucesos, anécdotas, chismes; habla incansablemente de los demás y apenas dice nada de sí mismo.

Es que las revelaciones más propiamente personales las reservaba para la ficción. A propósito de *Udienza a porte chiuse* (1957), él mismo advirtió: «molta autobiografia». Por cuanto yo alcanzo, otro tanto cabría decir de buena parte de sus novelas, donde reaparecen ostensiblemente los héroes («Ho sempre scritto romanzi con un bambino o un ragazzo per protagonista», reconocía Vergani), los tipos como el viejo tío, el tema de los amores tempranos y no pocos pormenores. También con esos mimbres está urdida la pequeña obra maestra que es *Función en el colegio* (1940).*

* Una primera traducción española, de Ángel M. Bécquer, fue publicada por las Ediciones de la Gacela, de José Janés, en 1942, con el título de *Festival en el colegio*. En la presente versión, notablemente mejorada, la obra de don Carmine que representan las alumnas de las Ursulinas aparece según un montaje de Lluís Pasqual.

PRÓLOGO

La acción transcurre durante los carnavales de 1913, en la ciudad de Viterbo, para entonces con unos cuarenta mil y pico de habitantes. Estamos en un mundo ordenado y sensato, con sus jerarquías, sus sobrentendidos y sus rutinas de provincia. Ahí despuntan las menudas rebeldías de Mario Rondani. Mario tiene catorce años y cuatro meses, es huérfano y vive modestamente con su tío, director de la estafeta de Correos (de tercera clase). Giorgio, un amigo de conveniencia, lo invita a la representación de una pieza teatral, «del estilo de *Quo vadis?*», que ofrecen las alumnas del elegante colegio de las Ursulinas. Emilia, la hermana de Giorgio Ercolani (o más bien la hermanastra: es un secreto a voces), actúa en el papel del general que persigue a los cristianos y acabará convertido. La novela cuenta cómo Mario se enamora de ella y comienza a frecuentar la casa del antipático Giorgio, el tristón ingeniero Ercolani y la altiva y frívola señorita Cora, con la esperanza de ver de nuevo a Emilia y con el palpito de que no la verá más. Como, en efecto, lo quiere el destino.

Función en el colegio es, pues, una novela de amor. Mejor dicho: de primer amor. O todavía más exactamente: de descubrimiento del amor. Porque el amor, lo sabemos, no es un afecto natural, un dato fijo de la condición humana, como el deseo o la crueldad, sino una institución cultural y social que requiere un aprendizaje. Mario ha cursado el amor en *Los novios* de Manzoni y en los fascículos de *La Divina Comedia* ilustrada por Gustavo Doré, que los muchachos, cuando se hacen con unas perras, compran en el quiosco de la plaza. Con esas lecturas, más los códigos de conducta de su cuadrilla y algunas gotas de las memorias de Casanova, alimenta una obsesión que se identifica como amor gracias a los modelos de la literatura.

Con todo, la pasión de Mario no es literaria. Por el contrario: pasión de adolescente, honda, sin tregua, desesperanzadamente inútil, tiene la fuerza de la más desmelenada de las fábulas románticas, pero está permanentemente anclada en la realidad diaria. Todos y cada uno de sus momentos, que seguimos desde dentro del protagonista, en una suerte de monólogo libre indirecto, aparecen sistemáticamente ligados a unos condicionamientos inmediatos, a unas situaciones y a un ambiente que Mario nunca pierde de vista.

A través de Mario, así, vamos intimando con toda la ciudad. Personas, con sus apellidos y su modo de nombrarlas; magistraturas y oficios, desde los prominentes a los más humildes; lugares; costumbres; relaciones; chismes... Todo el entorno y el horizonte provinciano se hacen presentes a nuestros ojos sin darnos en absoluto la sensación de que se aducen por prurito descriptivo o insistencia en el color local.

Cada página está repleta de detalles y precisiones que, contra una cierta ortodoxia narrativa, no hacen avanzar la acción, pero que, trenzados unos con otros, la ensanchan hasta constituirse en una segunda trama. Esos pormenores en teoría innecesarios nos suenan tan naturales, que avalan sin más la verdad última de los sentimientos, la dimensión trágica de la pequeña historia de Mario.

Función en el colegio no es una novela lírica, pero abunda en particulares de intensidad lírica, enormemente sugestiva. A mí me han fascinado siempre las manos de Cora, «finas y blancas, con los dedos entrelazados, que asoman a tres metros de altura sobre los ojos de Mario», sentado con Giorgio en el patio de butacas, y dejan caer «el papel de un caramelo, que en su vuelo va a posarse sobre los hom-

PRÓLOGO

bros de la señora monumental», al lado de los chicos. Unas manos que enlazan los dedos con la «gracia inimitable (...) que solo poseen algunas mujeres»; que «se mueven entre el plato, los cubiertos, los vasos y los panecillos que van desmigando suavemente sobre una pequeña bandeja de plata, con una cadencia estudiada y deliciosa», como pulsando las cuerdas de un instrumento. Unas manos con «el color blanco, dulce y brillante del pétalo de las magnolias» de su jardín, a cuya sombra jugaban Emilia y Giorgio, y de las que Valeriani y Mario roban en los parques públicos, para indignación del tío.

También ahí, como en todas partes, la nota sentimental se alía con el detalle concreto, para transmitir al lector como melancolía de lo no vivido la nostalgia obviamente biográfica del novelista. El resultado es una gran novela menor.

FRANCISCO RICO

Giorgio es antipático. Resultaría difícil decir por qué. Él no sabe que es antipático. Sonríe a sus compañeros, presta al que se lo pide su diccionario —el más elegante y lujoso de la clase, con encuadernación de piel encarnada y rótulos dorados—, ha regalado cigarrillos a su vecino de pupitre, incluso a Mario, aunque no sea amigo suyo, el día en que este lo encontró fumando en el retrete que los chicos bien educados del Gimnasio aún llaman, con un latín de seminarista, el *licet*.

Giorgio le dijo:

—¿Quieres fumar? Tengo siempre cigarrillos. Se los quito a mi hermana. Espera...

No solamente tiene cigarrillos, sino que los lleva en una pequeña y elegante pitillera de plata, decorada con una fusta y una herradura de esmalte. Dentro están sujetos, con una cintita elástica que parece de oro, cinco cigarrillos.

—La pitillera es de mi padre. Aún no se ha dado cuenta de que la utilizo yo. Tiene muchas. Cada vez que va a Roma trae

alguna nueva. También tiene tres encendedores; pero de éstos se acuerda muy bien. ¿No fumas?

Sí. Mario fuma. Quería decir que no, porque Giorgio es antipático, no solamente para él, sino para cuantos forman su «grupo». Cesare Rovidotti, Massimo Valeriani, Franco Serafini, Cecchino Carnevalini, Carletto Marini, todos están de acuerdo con Mario desde que ingresaron en la escuela. También este curso, el quinto, Giorgio sigue siendo tan antipático como siempre; es preciso hacérselo comprender y, sobre todo, no se le debe dar confianza. Giorgio se muestra soberbio porque su padre es rico, y pasa los exámenes porque su padre es amigo del director —el coto de La Quercia, del que es socio el ingeniero Ercolani, está siempre abierto para el señor director, que aunque cobre solo una ganga o una chocha a la noche siempre vuelve a casa con el zurrón lleno—; y cuando los domingos, antes de ir a misa, va de paseo con su hermana, con la señorita Cora, que anda tan erguida como si en el mundo no hubiese más mujer que ella, no saluda a los compañeros y parece que a diez pasos de distancia vaya diciendo con la mirada «¡Apártate!», o «¡Hazte atrás, vil mecánico!», como aquel personaje de *Los novios* que cayó bajo la espada del padre Cristóbal.

¡Se necesita algo más que prestar el diccionario y ofrecer cigarrillos! Valeriani, en tanto, le ha dado una buena lección cuando lo ha encontrado en el paseo de la Porta della Verità mientras corría muy orgulloso, la corbata de seda al viento, pedaleando en su bicicleta Atala nueva, llena de reflejos y fileteada de oro, con el piñón libre y unos frenos que hubieran

sido suficientes para una motocicleta. Valeriani ha procurado adelantarlo a toda marcha con su mala máquina herrumbrosa, atravesando un bache y llenándolo de salpicaduras de barro. Giorgio ha protestado en vano. Esta es la lección que le ha dado Valeriani. En cuanto a Rovidotti, no se hace rogar mucho para manifestarle su antipatía. Si Giorgio, a través de los pupitres, pide algo, Rovidotti se vuelve y sin decir nada sonrío mostrando sus dientes largos y amarillos, famosos en los anales de la escuela, y luego se abstrae de nuevo en sus ocupaciones. Todo el grupo está de acuerdo. Hace tres años que, firmes en el juramento y en la disciplina debidos al cónsul secreto nombrado por turno cada mes —ahora es cónsul Carnevalini—, se mantienen incorruptibles en su enemistad hacia Giorgio. Nadie aceptaría nunca un cigarrillo de él. Si Mario dice que sí, comete una traición.

A Mario le gusta mucho fumar. Hace tres semanas que no consigue quitarle a su tío ni siquiera los cuatro chavos que necesita para un paquete de «macedonias». El tío debe de haberse dado cuenta de que por la oscuridad el sobrino alarga los dedos hacia su chaleco para pescarle algunas monedas del bolsillo. Mario, espiando el sueño del tío, se mantiene despierto con la luz apagada, y el tío procura alejar las ganas de dormir durante todo el tiempo que le es posible con la esperanza de pillar al sobrino en el momento de la ratería. Se nota que no duerme por la manera de respirar, aunque a veces finge algún ronquido con el propósito de engañar al muchacho. Pero Mario está demasiado atento para no comprender que el otro continúa despierto.

to. Él también sabe fingirse dormido y de vez en cuando lanza algunos suspiros entrecortados, como si soñara, para que el tío, cansado ya de tan artera vigilancia, acabe durmiéndose de verdad. Sin embargo, desde hace tres semanas no tiene valor para alargar la mano hasta la cabecera de la cama, donde está colgado el chaleco; concretamente, siente sus temores desde aquella noche en que, al tender el brazo en la oscuridad entre las dos camas, tuvo la sensación de que el tío lo miraba fijamente, muy fijamente, espionando sus movimientos a favor de los débiles reflejos que procedían de las juntas de la persiana. Desde aquel día, para fumar ha tenido que componérselas por su cuenta. Ha vendido la serie de cuadernos de aventuras de Nat Pinkerton, coleccionados durante el tercer curso. También ha vendido las traducciones de Propertio. Luego no tenía ya nada más para vender y se ha quedado sin cigarrillos, fumando por turno, una bocanada él y una su amigo, la colilla de Serafini.

Pero ahora, ¿quién puede enterarse de si acepta un cigarrillo de Giorgio? La regla de la clase es que solo un alumno pueda ir cada vez al *licet*. Ha sido una excepción que el profesor de griego lo haya dejado salir. Debió de olvidarse de que ya había salido uno de los alumnos. Hasta que no vuelvan al aula nadie podrá ir a descubrirlo. Mario se da cuenta de que está haciendo algo que él calificaría de traición si fuese el cónsul de turno. No obstante, le es imposible resistir y alarga la mano. El cigarrillo es blando y la cinta elástica lo retiene un instante, como si aún quisiera sugerirle la posibilidad de arrepentirse.

—Es buen tabaco. No son «macedonias». Son egipcios —di-

ce Giorgio—. Fíjate qué magnífica boquilla de cartón. Mi hermana no fuma más que egipcios y los aromatiza con una gota de esencia de rosas.

Ofrece su propio cigarrillo a Mario para que lo encienda.

—No te vayas, Ercolani. Si vuelves a clase, el profesor dejará salir a otro, y luego podría delatarme.

—¿Quién quieres que te delate?

—Resultado antipático a alguno. Tengo dos enemigos.

—¿Quiénes son?

—Es un secreto. Ellos tampoco se lo dicen a nadie. Somos enemigos, pero no lo declaramos. Un día arreglaremos cuentas.

No es cierto. Pero había que decir una mentira. Mario, acodándose en la ventana de cara a la reja, se ha puesto a fumar. El aire es frío. El revoco de los viejos ladrillos ha caído. Fuera hay una espesa niebla, y dentro el fuerte olor del desinfectante que como cada lunes se ha echado en los retretes hace irrespirable la atmósfera. El campanario del antiguo convento transformado en Gimnasio queda casi oculto por la niebla. Es invierno.

—¿Bueno?

—Delicioso.

—¿Te tragas el humo?

—Desde luego. Mira.

—¿Cómo traducirías tú esto? —añade Giorgio, sacando del bolsillo una libreta—: «*Si vero solem ad rapidum lunasque sequentes / ordine respicies, nunquam te crastina fallit / hora...*»

—«Si observas el ardiente sol y las fases sucesivas y ordenadas de la luna, nunca te engañará el día de mañana.»

El humo tenía un sabor agradable y seco que incitaba al optimismo. Giorgio, según era de esperar, quería cobrarse el cigarrillo con esta consulta sobre la traducción.

—Me sé de memoria las *Geórgicas* —continúa Mario—. Las he traducido todas en verso este verano, por gusto. ¿Quieres oír? «Sin engaño será la clara noche / si sabes medir del Padre Sol / y de la Luna las silenciosas rutas...»

Giorgio se ríe. «Rutas» le hace pensar en otra cosa.

—Si la traducción es literal, podrías dictármela...

—¡Resulta tan fácil Virgilio! Pero esta es una traducción libre y no te servirá.

—La vez anterior tuve un cinco y estamos cerca del repaso general. Estos deberes en clase me arruinan. ¡Y para lo que ha de servirme el latín cuando sea mayor! Imagínate que pienso seguir la carrera de ingeniero. ¿Cuál puede ser la utilidad del latín en la construcción de puentes y carreteras? Es una manía de mi padre hacerme estudiar las lenguas clásicas, como si un día no tuviera yo que encargarme de su despacho y enfrentarme a los albañiles. ¿Para qué necesitaré entonces el latín? ¡Dime tú la idea que tienen de nosotros nuestros padres!

—Yo no lo sé. No tengo padre.

Mario está casi contento de poder decir esto para poner en un aprieto a Giorgio, que no se acuerda de que él es huérfano. Y además piensa que si es huérfano tiene doble mérito traducir a Virgilio en endecasílabos.

—Tengo que estudiar —añade— porque a mí nadie me dejará dinero.

Giorgio dice:

—Perdona. No me acordaba.

—No tienes obligación de saberlo. ¡Si tuviéramos que conocer la historia familiar de todos los compañeros! No importa...

Ha terminado el cigarrillo. Mario se enjuaga la boca con un poco de agua para que en clase no descubran que ha fumado.

—¿Entras primero tú, Giorgio?

—Sí, yo entraré primero.

—Gracias por el cigarrillo.

—Mañana, si sales al patio a la hora de latín te daré otro, y si me haces la traducción te daré dos.

—Yo las traducciones las regalo.

—Y yo te regalo los cigarrillos.

Giorgio ha salido. Mario se asoma de nuevo a la ventana. Aunque se haya enjuagado, le queda en la boca aquel ligero sabor a rosa. Son buenos los cigarrillos con aroma de rosa. Las mujeres buscan este tabaco así perfumado. Giorgio, además de antipático, es estúpido; más estúpido que antipático. Mario ha querido referirse adrede a las historias familiares para provocarlo, y así hallar una especie de justificación al hecho de haber aceptado el cigarrillo. Pero Giorgio no lo ha comprendido. Acaso no imagina que todos los compañeros saben que su madre huyó de su casa cuando los hijos del ingeniero Ercolani eran pequeños. Quizá no piense que todos sus compañeros ignoran que la señora Ercolani abandonó a su marido, a pesar de su importante oficina de ingeniero y de su hermosa y autoritaria barba negra, y que ahora en el pueblo esperan para ver

la conducta que va a seguir la bella y antipatiquísima señorita Cora; jurarían todos que será peor que su madre y que si no fuese heredera de la parte de La Quercia nadie la pretendería. Lo ha dicho adrede Mario, y el otro no ha comprendido o ha hecho como que no comprendía, y ha buscado el truco de un cambio de cigarrillos y de traducciones para despistar. Tienen razón Rovidotti y Valeriani al no querer tratos con él.

De vuelta a clase ve que Giorgio se halla sumido en el diccionario y que la traducción no adelanta un paso. Todos los demás van terminando. Se oye el ruido de los diccionarios al cerrarse y el suspiro de satisfacción de los que dicen: «¡He acabado!». Uno a uno se presentan a la tarima del profesor para entregar los deberes. Marini ha lanzado una castaña seca al cogote de Riccioni. Este se vuelve airado, deslumbrando a todos con sus gruesas gafas, y formula su inevitable denuncia:

—¡Señor profesor, no me dejan terminar! Me han tirado una castaña seca...

Muestra entre dos dedos el cuerpo del delito. Carnevalini le arrebató la castaña y se la come. Todo el mundo ríe. El profesor también ríe, y para recobrar la seriedad dice en alta voz:

—¡Ercolani! ¿Has terminado? Hoy también serás el último.

—Me faltan dos versos, señor profesor, dos versos solamente...

Rovidotti ha hecho un guiño con sus dientes amarillos y arroja al suelo el diccionario para que meta ruido.

Ha pasado un día.

Giorgio es antipático. Mario se siente en falta desde el momento en que aceptó el cigarrillo. Aún no ha dicho que acepta el cambio por la traducción; pero piensa que Giorgio cuenta con ello, y no duda de que Giorgio tiene hoy la certeza de verse libre del latín. Ha llegado a clase con retraso. Llevaba el paquete de los libros atados con una correa nueva. Sonríe. Está seguro de sí mismo. A primera hora tienen la lección de geografía y él permanece quieto y mudo como si prestara gran atención. Aún no le toca el turno de ser preguntado. Parpadea para dar a entender que le interesan mucho las revelaciones de la geografía de Francia. Tiene unos bellos ojos grises. También los ojos de Mario son bonitos. Pero le da un poco de envidia el gris metálico de las pupilas de Giorgio. La mirada, se dice, tiene gran importancia para producir efecto en las chicas, para ser interesante y para gustar. La literatura está llena de ojos y de miradas cuando se habla de amor. Toda la primera gloria masculina de los muchachos procede de sus ojos. Ser altos, musculosos, ir con los pantalones bien ceñidos a las pantorri-llas y con el cuello limpio son cosas que cuentan; pero los ojos son lo más importante. Pronto llegará el momento en que no sea suficiente ir en bicicleta y jugar en la plaza por las tardes, cuando la banda ha terminado su concierto. También existen las chicas en el mundo. Valeriani se ha fijado ya en una que va a los cursos técnicos y a la que se encuentra todas las mañanas camino del colegio. Riccioni escribe cartas de amor a la Frontini, a quien conoce de cuando iban a párvulos. Y la Frontini

las rompe en presencia de todos. Pero ¿qué puede pretender de las mujeres Riccioni, con sus gruesas gafas de miope y sus ojos saltones? Si Mario quisiera —está seguro de ello, aunque la Frontini, con su gruesa trenza como la cola de un caballo sobre la espalda, no le gusta—, con una sola mirada la tenía flechada. La Frontini se enamoraría de él, que tiene los más bellos ojos de la clase. Pero hoy siente celos de los ojos grises y acerados de Giorgio. Dentro de poco, cuando haya terminado la lección de geografía, el profesor dictará el tema de latín y Giorgio cambiará una mirada de inteligencia con Mario. Si Mario hace un gesto afirmativo con la cabeza y junta dos veces el índice y el pulgar formando un aro —dos ceros—, querrá decir que se verán en el retrete y ya no podrá volverse atrás en su pacto. La pitillera de Giorgio forma un bulto tentador en el bolsillo de su pantalón.

¿Y si Valeriani se diese cuenta? ¿Y si Rovidotti sospechara algo? ¿No existe un pacto de amistad que no debe traicionarse? ¿No han jurado ser amigos y no hacer nada sin que lo sepan el uno del otro? La voz del profesor continúa enumerando monótonamente los departamentos de Francia. En la estufa, los troncos crepitan. Fuera, en la plaza, suena el grito de un vendedor, que atraviesa los helados cristales: «¡Castañas!». Mario recuerda una por una todas las pequeñas traiciones hechas al pacto por los amigos antes que él: la de Marini, que por no pagar una multa cuando robaron los peces de colores del parque y se repartieron el botín —uno pescando, el otro de vigilancia y el tercero que había salido corriendo con los peces— dela-

tó a Carnevalini al guarda; la de Rovidotti, que por miedo al profesor de matemáticas Chimienti no les pasó la solución del problema en el examen trimestral, y la traición de Valeriani, que, enamorado de una alumna de los cursos técnicos de la cual también estaba enamorado Serafini, no mantuvo el juramento que se hicieron de escribirle los dos a un tiempo para declararse a la vez, a fin de que ella eligiera libremente, y le escribió con un día de anticipación. ¿Quién no ha cometido una de esas pequeñas traiciones?

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EL MES DE ENERO DE 2010

S

*La imagen del otro —a la que me adhería, de la que vivía— ya no existe;
tan pronto es una catástrofe (fútil) la que parece alejarla para siempre, tan
pronto es una felicidad excesiva la que me hace reencontrarla.*

ROLAND BARTHES

www.librosdelsilencio.com